

El crecimiento como panacea:

El arte de tropezar infinitas veces con la misma piedra

Francisco J. Sáez*

El verdadero reto que tienen por delante los economistas y demás científicos sociales es entender la naturaleza del crecimiento en Venezuela, su dinámica e implicaciones sociales. En particular, es necesario reconocer su carácter complejo y extraer algunas lecciones del pasado, a fin de no tropezar infinitas veces con la misma piedra.

No hay duda que estamos en tiempos de crecimiento. En el 2004, el PIB venezolano creció a una impresionante tasa cercana al 17%, para el 2005 se estima un crecimiento en el orden de 6 a 10% y, dadas las perspectivas favorables del mercado petrolero, se espera una tasa de por lo menos 5% para el 2006. Pareciera entonces que aquella discusión bizantina sobre el "efecto rebote" producto del paro económico del 2003 queda zanjada y da paso ahora a una pregunta más sustantiva: ¿en qué medida este crecimiento es resultado de un cambio estructural o si por el contrario se sustenta, como ha ocurrido en otras oportunidades, sobre pies de barro?.

Esta pregunta no es trivial dado el formidable reto que enfrentamos los venezolanos en materia de crecimiento: se requieren más de 16 años con un PIB creciendo al 5% (un 3% de crecimiento per cápita) para alcanzar los niveles de producto per cápita de 1970. Si la tasa es más modesta, por ejemplo de 1% o menos de crecimiento per cápita al año, se requerirían más de 50 años para alcanzar los niveles de 1970. Si tomamos como referencia 1977, el año donde el PIB per cápita alcanzó su máximo histórico, esos lapsos se extienden aún más.

En otras palabras, después de más de 50 años de un vertiginoso progreso técnico a nivel mundial el trabajador promedio en nuestro país tiene la misma productividad que la de sus padres o abuelos.

No todo crecimiento es bueno

En virtud del proceso de implosión experimentada por la economía venezolana a partir del año 1977, la meta del crecimiento económico sostenido parece un objetivo difícil de alcanzar. Es difícil determinar a ciencia cierta que porción de este crecimiento se revertirá cuando tenga lugar una nueva fase recesiva del ciclo económico. De hecho, la experiencia muestra que en ocasiones una tasa acelerada de crecimiento sólo refleja un mayor endeudamiento externo y crecimiento del gasto público, pero sin ganancias de competitividad.

Por ejemplo en 1971 Chile experimentó un auge sin precedentes producto de políticas fiscales altamente expansivas, la tasa de crecimiento del PIB llegó a 8%, pero este auge sólo fue pasajero. El insostenible déficit fiscal y el agotamiento de los controles de precios fueron indicios del colapso del 72-73. Al tiempo que Chile entraba en crisis, en México se producía una fuerte expansión de la demanda agrega-

En virtud del proceso de implosión experimentada por la economía venezolana a partir del año 1977, la meta del crecimiento económico sostenido parece un objetivo difícil de alcanzar.

Existe evidencia que indica que el crecimiento económico sostenido es uno de los principales elementos que puede contribuir a luchar contra la pobreza, realidad a la que no escapa el caso venezolano.

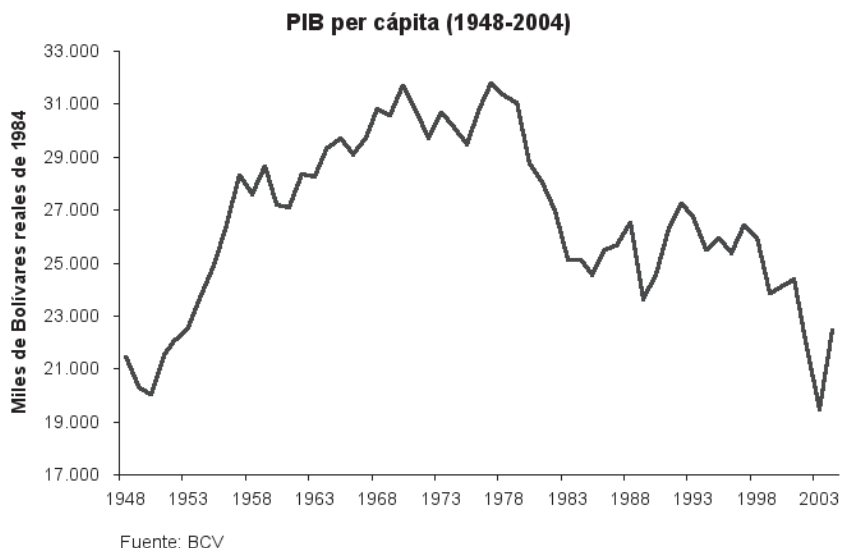
da financiada con gasto deficitario (72-74). Durante estos años el producto creció a tasa de entre 6 y 8%, pero era un crecimiento financiado en gran parte con endeudamiento externo. De hecho, entre 1974 y 1976 la deuda externa mexicana casi se duplicó. Los desequilibrios se hicieron sentir rápidamente; la fuga de capitales, el agotamiento de las reservas internacionales y las expectativas de devaluación llevaron a la crisis de 1976, cuando el tipo de cambio, que había permanecido fijo desde 1954, se devaluó 59%.

En el caso venezolano, a principios de los 70 la economía creció de forma acelerada con tasa de más de 7% al año de forma que los más optimistas pensaron que pronto podríamos alcanzar a las economías desarrolladas. Era el sueño de *La Gran Venezuela*. El aliento duró hasta el año 78 cuando comenzó el des-

plome del producto per cápita (ver gráfico). En los años 90-92 nuevamente se experimentaron importantes tasas de crecimiento económico entre el 3 y 7%. Los más optimistas pensaron que ya la economía había superado sus problemas creyendo que entraba en una nueva etapa de crecimiento sostenido basado ahora en las reformas económicas del año 89. La experiencia mostró que tan equivocados estaban y que tan impredecible resulta el devenir de los acontecimientos. Si llevamos la discusión al plano de la productividad, el producto no petrolero por

persona ocupada del año 2003 es inferior al del año 1950. En otras palabras, después de más de 50 años de un vertiginoso progreso técnico a nivel mundial el trabajador promedio en nuestro país tiene la misma productividad que la de sus padres o abuelos.

Estos son sólo algunos ejemplos, de muchos que podrían citarse, que muestran cómo en ocasiones el crecimiento acelerado viene acompañado de desequilibrios externos y/o fiscales que deberán ser enfrentados en el futuro y en consecuencia, estos procesos deben ser



observados con cierta reserva, sobre todo si no existen razones objetivas para pensar que ha operado un cambio en la productividad.

Crecer no es suficiente, pero sí es necesario

Es difícil argumentar que el crecimiento económico no es importante en sí mismo, al menos en dinámica global en la cual están inmersas nuestras economías. Su presencia refleja el carácter dinámico de las sociedades y la propia naturaleza inconforme de los individuos que desean una mejora a lo largo de su vida, o que de manera altruista, desean que las generaciones futuras disfruten de un mejor nivel de vida. En pocas palabras: crecer significa tener aspiraciones de cambio. Salvo algunas aventuras utópicas, esta simple regla apli-

ca no sólo a los individuos sino también a las sociedades en su conjunto, independientemente de la manera en que se organice el proceso productivo y se distribuyan los derechos de propiedad.

Desde un punto de vista muy simplificado el crecimiento económico implica el incremento de bienes de inversión que se acumulan bajo la forma de capital y que permiten una mayor generación de ingreso en el futuro. Esto es simplemente, la capacidad de incrementar el flujo de bienes y servicios que produce la economía. Pero, aunque es menos obvio, el crecimiento económico también implica una mayor acumulación de capital humano y, por ende, una mayor productividad del trabajo. Esta es una de las razones por las que generalmente se considera que el crecimiento del producto por

habitante de una economía “sana” debe ser creciente a lo largo del tiempo. Es así como Colombia, Brasil, Costa Rica han multiplicado su nivel de ingreso por más de tres desde la década del 50. Esto por no hablar de países de acelerado crecimiento como Japón, Corea o Bostwana cuyo crecimiento ha sido simplemente espectacular.

Es posible argumentar que al fijarnos en el PIB per cápita quizás se esté observando la variable equivocada. Después de todo, estrictamente hablando, el crecimiento no implica desarrollo. Concretamente, el desarrollo es un concepto más amplio que hace énfasis en los aspectos últimos que definen la calidad de vida de los individuos. Es así como dentro de los índices de desarrollo humano se encuentra el ocio, la educación, la salud, las libertades políticas, y un amplio espectro de elementos más directamente relacionados con el desarrollo de las capacidades del individuo. La incorporación de estos elementos en el análisis es útil pues es un reconocimiento de que no es sólo la acumulación de bienes materiales la que finalmente importa para el bienestar, sino más bien la presencia de un conjunto de aspectos que permiten que los individuos cumplan con sus expectativas y que interactúen en sociedad.

Entonces ¿por qué asumir que el crecimiento es tan importante?. La razón puede estar en el elevado grado de correlación que existe entre esos elementos que definen la “calidad de vida” y el producto por habitante. Mayores ingresos implican (en promedio) mejores ser-

vicios públicos, mayor acceso a la educación y en general un mejor nivel de vida. Más aún, generalmente estos beneficios abarcan en mayor o menor grado a todos los estratos de la sociedad. De hecho, y salvo algunos casos patológicos, existe evidencia que indica que el crecimiento económico sostenido es uno de los principales elementos que puede contribuir a luchar contra la pobreza, realidad a la que no escapa el caso venezolano.

Por último, aunque se reconozca la magnitud de la tragedia del crecimiento económico en Venezuela, ello no es suficiente. El verdadero reto que tienen por delante los economistas y demás científicos sociales es entender la naturaleza del crecimiento en Venezuela, su dinámica e implicaciones sociales. En particular, es necesario reconocer su carácter complejo y extraer algunas lecciones del pasado, a fin de no tropezar infinitas veces con la misma piedra.

*Ph. D. En Economía. Las interpretaciones y comentarios expresados en este artículo son de exclusiva responsabilidad del autor.

Estrictamente hablando, el crecimiento no implica desarrollo. Concretamente, el desarrollo es un concepto más amplio que hace énfasis en los aspectos últimos que definen la calidad de vida de los individuos.